

## LA TIRANIA DE LOS VALORES

### CONSIDERACIÓN PRELIMINAR

Todavía se recordará hoy en el ámbito intelectual europeo la honda impresión que causó, el año 1923, el ensayo de Ortega y Gasset sobre la filosofía de valores. El trabajo se titulaba *¿Qué son los valores?*, y fué publicado en el primer número de la «Revista de Occidente», en octubre de 1923. Ortega estaba entonces profundamente impresionado por el libro de Max Scheler *Der Formalismus in der Ethik* (1913). Calificó el libro de Scheler como «uno de los libros formidables que ha engendrado ya el siglo XX». La fuerte resonancia que la filosofía de valores de Scheler había encontrado se intensificó considerablemente gracias al prestigio de Ortega.

¿Qué fué, en definitiva, lo que provocó el entusiasmo desbordado del filósofo español? Era la satisfacción, incluso el sentimiento de salvación que experimentó al recibir la nueva de que existen no solamente *cosas* sino también *valores* y que «el conocimiento de los valores es absoluto y casi (sic) matemático». Gracias a la filosofía de valores, no solamente matemática, física y química, sino también otras disciplinas, como ética, estética y jurisprudencia, podrían conseguir conocimientos de una seguridad absoluta y matemática o, por lo menos, casi-matemática. Tal era la gran novedad, la buena nueva de la filosofía de valores.

Ortega opina que la doctrina de valores de Rickert y Windelband, filósofos neokantianos de la escuela del suroeste alemán, no es interesante; la verdadera y auténtica filosofía de valores, según él, comienza con A. Meinig y recibe su seguridad incontestable por la fenomenología de Eduard Husserl y Max Scheler. Hoy día ya no se le da tanta importancia a las divergencias de los neokantianos, sobre todo porque toda la filosofía de valores ha sido superada por Heidegger, filósofo procedente del campo de la fenomenología. Hemos de tener ocasión de ver también aquí que Max Weber, al cual se suele encuadrar entre los neokantianos —justificada o injustificadamente—, sigue teniendo razón frente a las pretensiones de una llamada doctrina objetiva de valores.

Se puede observar, por lo demás, que hoy día la invocación de valores, y preferentemente de valores supremos, parece formar parte del vocabulario general del mundo entero. En las publicaciones científicas y de divulgación científica pululan los valores. Los periodistas de cualquier tendencia le tienen cariño a este término; y es lógico que los oradores políticos no se priven de semejante *slogan*. No es exclusivo del vocabulario de Hitler, el cual aludió con frecuencia e insistencia al «valor» (1). Aquí no hará falta documentarlo más detalladamente. Nos limitamos a indicar el problema derivado de la popularidad y promiscuidad inmensa de los «valores».

Por otra parte, hay que tener en cuenta la dificultad lingüística del tema, que puede conducir a malentendidos en la discusión internacional. La palabra *Wert*, en alemán, no tiene exactamente el mismo sentido que la palabra *valor* en latín y en los idiomas románicos derivados del latín, especialmente en el castellano. En estos idiomas, *valor* guardó el contacto con significados como fuerza y virtud, mientras que *Wert*, en alemán, tiende a relaciones económicas. Ya he aludido a esta dificultad lingüística en mi trabajo *Der Gegensatz von Gemeinschaft und Gesellschaft als Beispiel einer zweigliedrigen Unterscheidung. Betrachtungen zur Struktur und zum Schicksal solcher Antithesen* («Estudios jurídico-sociales en homenaje al profesor Luis Legaz Lacambra» [Santiago de Compostela, 1960], p. 177/8), y me permito insistir nuevamente. Verdad es que también en los idiomas románicos emerge con frecuencia la relación económica. Ya en la *Tragicomedia de Calixto y Melibea, la Celestina*, hacia el año 1500, en el acto octavo, se dice: *Tanto valen cuanto cuestan*. También en torno a valor se revela la doble naturaleza del idioma inglés, que dispone siempre de un fondo lingüístico germánico y latino. En el *Leviatán*, de Tomás Hobbes, se dice, por ejemplo: *The value or worth of a man is, of all other things, his price* (cap. X). Ortega, en el trabajo ya mencionado, habla no solamente de *valor*, sino también de *estimar*. En el título dice: *Iniciación en la Estimativa, y sus valores dependen de una facultad estimativa del hombre*.

Al final de esta advertencia previa quisiera recordar que estas consideraciones proceden de las experiencias y conocimientos de un jurista que obser-

---

(1) Hitler dijo ante la prensa, el 10 de noviembre de 1938: La Historia universal está hecha por hombres. Antes la hicieron los hombres y hoy la hacen los hombres. Lo decisivo es el *valor* de estos hombres y, en cierto modo también, el número. El *valor* del hombre alemán es incomparable. Nunca me dejaré persuadir de que algún otro pueblo pueda tener tanto *valor*. Estoy convencido de que nuestro pueblo, sobre todo hoy, en su continuo mejoramiento, representa el *valor supremo* que existe actualmente en este mundo.»

va la evolución de la filosofía de valores desde hace mucho tiempo, y a la cual pagó su tributo siendo un joven docente, hace casi cincuenta años (2). En la República Federal alemana, desde hace unos años, penetra la filosofía de valores incluso en la jurisprudencia de los tribunales supremos y transforma la estructura tradicional de los conceptos de constitución, legislación y jurisdicción. Ernst Forsthoff, en un trabajo sobre *Die Umbildung des Verfassungsgesetzes*, ha señalado los peligros que amenazan la persistencia y seguridad no sólo de la jurisdicción, sino incluso de la constitucionalidad misma, si los tribunales supremos pretenden ser los protectores y ejecutores de valores supremos, en vez de respetar los vínculos sólidos que forman la base y la condición existencial de su independencia judicial (3). El trabajo de Forsthoff llamó mucho la atención e incluso se dijo, en un intento de refutación, que «agita los ánimos» (4). Con la invasión de «valores» se provocó, en toda su agudeza, el problema de la disolución de conceptos y métodos jurídicos. Bajo este aspecto enfocamos las consideraciones que siguen. Les podemos anteponer como mote una frase de Forsthoff: *El valor tiene su propia lógica*.

#### NUESTRA PREGUNTA

Hay hombres y objetos, personas y cosas. Hay también fuerzas y poderes, honores y dominaciones. Los teólogos y moralistas conocen virtudes y vicios: los filósofos, calidades y modos del ser. Pero ¿qué son valores? Y ¿qué significa una filosofía de valores?

Naturalmente, se había hablado ya de valores antes de la filosofía de valores, incluso también de un sinvalor. Pero en la mayoría de los casos se hizo la distinción: las cosas tienen un valor, las personas tienen una dignidad. Valorar la dignidad se consideró indigno. Hoy día, en cambio, también la dignidad se ha convertido en un valor por obra y gracia de la filosofía de valores. Esto es un ascenso significativo del valor. El valor se ha revalorizado.

Hay que tener en cuenta que el valor, según la filosofía de valores, no

(2) CARL SCHMITT: *Der Wert des Staates und die Bedeutung des Einzelnen*, Tübingen, 1914.

(3) ERNST FORSTHOFF: «Die Umbildung des Verfassungsgesetzes», en *Festschrift für Carl Schmitt*, Berlín, 1959, págs. 35-62.

(4) ALEXANDER HOLLERBACH: *Auflösung der rechtsstaatlichen Verfassung?*, a propósito del trabajo de ERNST FORSTHOFF: «Die Umbildung des Verfassungsgesetzes», en *Archiv des öffentlichen Rechts*, 85, 1960, págs. 241-270. Desgraciadamente, ignora el señor Hollerbach el problema de la filosofía de valores, tan esencial para la cuestión jurídica.

tiene un ser, sino una *validez*. El valor no es, sino *vale*. Algunos hablan del ser ideal de los valores, pero no es necesario profundizar en semejantes matices porque, de todos modos, el valor, como tal, no es, sino precisamente, *vale*. El valor, sin embargo, implica un afán muy fuerte a la realización, como veremos más adelante. El valor tiene realmente ansia de actualización. No es real, pero está relacionado con la realidad y está al acecho de ejecución y cumplimiento.

Es evidente; aquí nos las tenemos que ver con distinciones agudas. Esto deja entrever una situación complicada. Para los filósofos y sociólogos del marxismo no es un problema difícil. Las fórmulas del materialismo dialéctico les suministran una llave cómoda, y a cualquier filosofía no marxista se la puede poner bajo sospecha de ideología y desmascararla sin miramiento. Frente a una filosofía que habla de valores y se denomina a sí misma filosofía de valores, el desenmascaramiento es especialmente fácil. Según la teoría marxista, toda la sociedad burguesa es una sociedad de propietarios de dinero y mercancías, en cuya manos hombres y objetos, personas y cosas, en fin, todo se convierte en dinero y mercancía. Todo se lleva al mercado, donde valen exclusivamente categorías económicas, es decir, valor, precio y dinero. En la producción, por otra parte, se trata de la plusvalía. Unos pocos se apoderan de la plusvalía que muchos otros han conseguido con su trabajo, y estos últimos están engañados por la plusvalía que les corresponde. Siempre se trata del valor. No es de extrañarse —dirá el marxista— que la realidad de semejante situación se refleje en los cerebros de los ideólogos como filosofía de valores.

Pero no nos hagamos tan fácil la contestación a la pregunta. Naturalmente, valor, precio y validez del dinero son conceptos económicos y profundamente enzarzados en relaciones económicas. Mas sería injusto reducirlos de esta manera y acabar así con toda la filosofía de valores. Consideremos, pues, esta filosofía de valores más bien como un fenómeno filosófico-histórico. Investiguemos su origen y su situación y busquemos una explicación de su asombroso éxito, evidente en las proclamaciones de Ortega antes citadas.

#### ORIGEN Y SITUACIÓN FILOSÓFICO-HISTÓRICA DE LA FILOSOFÍA DE VALORES

La explicación de este éxito asombroso está en el hecho de que la filosofía de valores nació en una situación filosófico-histórica muy concreta: como respuesta a la crisis nihilista del siglo XIX. No tiene importancia ahora si se acep-

ta o se rechaza cualquier forma de la filosofía de la existencia o si uno afirma o niega el existencialismo. De todas formas, filosófica e históricamente sigue siendo exacto lo que Martín Heidegger dijo sobre el origen de la filosofía de valores, que citamos aquí *in extenso* por su exactitud exhaustiva y definitiva :

*En el siglo XIX se comienza a hablar corrientemente de valores y se coge la costumbre de pensar en valores. Pero sólo como consecuencia de la divulgación de las obras de Nietzsche se hizo popular el hablar de valores. Se habla de valores vitales, valores culturales, valores eternos, una jerarquía de valores, de valores espirituales, cuya existencia se creyó descubrir, por ejemplo, en la antigüedad. La dedicación erudita a la filosofía y la transformación del neokantianismo conducen a la filosofía de valores. Se edifican sistemas de valores, y en la ética se persiguen estratos de valores. Incluso la teología cristiana califica a Dios, el summum ens qua summum bonum, como valor supremo. La ciencia se considera libre de valores, y las valorizaciones se desechan al campo de las ideologías. El valor y lo válido llega a ser sustitutivo positivista de lo metafísico (5).*

El origen y situación filosófico-histórica de la filosofía de valores están acertadamente calificadas y exactamente incardinadas con estas frases de Martín Heidegger. Un positivismo de leyes puramente causales amenazó la libertad del hombre y su responsabilidad religioso-ético-jurídica. La filosofía de valores respondió a este reto oponiendo al orden de un *ser* determinado meramente por la causalidad un orden de valores cual un reino del *valer* ideal. Era un intento de mantener al hombre libre y responsable, si no en un *ser*, por lo menos en la validez de lo que se llamó valor. Bien se puede llamar a este intento un sustitutivo positivista de lo metafísico.

#### VALORIZACIÓN SUBJETIVA Y OBJETIVA

Los valores no *son*, sino *valen*. ¿En qué se basa su validez? Se puede basar exclusivamente en ponencias, y tenemos que preguntar: ¿Quién es el que establece los valores?

En Max Weber encontramos las contestaciones más claras y más sencillas a esta pregunta. Según él, es el individuo humano quien establece los valores

---

(5) MARTIN HEIDEGGER: «Holzwege», Frankfurt am Main, 1950, págs. 209-10, en el ensayo *Nietzsches Wort «Gott ist tot»*, págs. 193 y sigs.

con libertad de decisión completa y puramente subjetiva. De esta manera elude la falta absoluta del positivismo científico y le opone su libre visión del mundo, es decir, su visión subjetiva. La libertad puramente subjetiva de establecer valores, sin embargo, conduce a una lucha eterna de valores e ideologías, a una guerra de todos contra todos, a una perpetua *bellum omnium contra omnes*, comparada con la cual, la antigua *bellum omnia contra omnes* e incluso el sangriento-estado natural, que describe Tomás Hobbes en su *Filosofía del Estado*, resultan verdaderos idilios. Los antiguos dioses salen de sus tumbas y siguen con su antigua lucha, pero desencantados y -- como tenemos que añadir hoy día -- con nuevos medios de guerra, que ya no son armas, sino abominables medios de destrucción y procedimientos de exterminación, productos horribles de una ciencia libre de valores y de una industria y una técnica servidas por ella. Lo que para uno es el diablo, para el otro es Dios. «Y ocurre así en todos los órdenes de la vida... y para todos los tiempos». Con tan emocionantes palabras de Max Weber se podrían llenar muchas páginas (6). Siempre son los valores quienes atizan la lucha y mantienen la enemistad. Y porque los dioses antiguos están desencantados y convertidos en nada más que valores que valen, la lucha resulta fantasmagórica y los combatientes desesperadamente ergotistas. La descripción de Max Weber nos deja esta impresión de pesadilla.

Sabido es que filósofos célebres como Max Scheler y Nicolai Hartmann han intentado escapar al subjetivismo de las valorizaciones libres y encontrar una filosofía de valores subjetiva y, al mismo tiempo, material. Max Scheler estableció un escalafón de valores que van desde abajo hacia arriba, desde lo útil hasta lo sagrado. Ortega y Gasset lo adoptó en su ensayo de 1923 y le atribuyó la objetividad de una seguridad casi matemática. Nicolai Hartmann construyó un sistema, en estratos, de la coherencia objetiva de un mundo real; la capa inferior debía ser lo anorgánico; la superior, lo espiritual.

Pero a la agudeza de Ortega no se le podía escapar el hecho de que la *facultad estimativa* es algo subjetivo. También Nicolai Hartmann recalca (en su *Ethik*, p. 142) que los valores, por muy alta y sagradamente como *valgan*, en definitiva no hacen más que *valer*; es decir, que valen *para* algo o *para*

(6) MAX WEBER: «Wissenschaft als Beruf», 1919, en *Gesammelte Schriften zur Wissenschaftslehre* <sup>2</sup>, ed. Johannes Winckelmann, Tübingen, 1951, pág. 588; *Gesammelte politische Schriften* <sup>2</sup>, ed. Johannes Winckelmann, Tübingen, 1958, págs. 547-8 (fin de la conferencia *Politik als Beruf*). En cuanto a «la lucha de los sistemas de valores», las páginas que menciona Johannes Winckelmann en el registro de *Gesammelte Schriften zur Wissenschaftslehre*, págs., 150, 153 y sigs.; 490, 491 y sigs.; 503, 587 y sigs.; 592. Un cuadro de conjunto se encuentra en el artículo de HERMANN LÜBBE: «Neukantianismus», en la recientemente publicada sexta edición del *Staatslexikon der Görresgesellschaft*, Freiburg, 1960, c. 1005-1012.

alguien. La observación de que este *para* «no es inherente a su valer ideal, sino exclusivo de su valer actual», esto es, «al sujeto que siente valores», es decisiva para nuestra consideración jurídica, porque nos interesa solamente el valer actual, y ahora resulta que, en el caso concreto, no nos encontramos con otra cosa que «sujetos que sienten valores».

Nos enfrentamos, pues, con la lógica immanente del pensamiento de valores a la cual nadie puede escapar. Subjetivo u objetivo, formal o material, en cuanto aparece el valor se hace inevitable un cambio específico de pensamiento. Este cambio, hay que decirlo, es la consecuencia fatal de un pensar en valores. Porque lo específico del valor estriba en que solamente *vale* y no *es*. La ponencia, por consiguiente, no significa nada si no se impone; la validez tiene que ser continuamente actualizada, es decir, hacerse valer, si no se disuelve en vana apariencia. Quien dice *valor* quiere hacer valer e imponer. Las virtudes se ejercen, las normas se aplican, los órdenes se cumplen; pero los valores se establecen y se imponen. Quien afirma su validez tiene que hacerlos valer. Quien dice que valen, sin que nadie los haga valer, quiere engañar.

#### EL PUNTO DE ATAQUE

Si algo *tiene* valor y cuánto, si algo *es* valor y en qué grado se puede determinar solamente desde un supuesto punto de vista o criterio particular. La filosofía de valores es una filosofía de puntos; la ética de valores, una ética de puntos. No es casualidad que palabras como punto de vista, punto de partida, punto visual y punto de mira aparezcan continuamente en su vocabulario. No son ni ideas ni categorías, ni tampoco principios o premisas. Son simplemente puntos. Forman parte de un sistema de puro perspectivismo, de un sistema de referencias. Por consiguiente, *cada valor es un punto de valor*. Incluso el valor supremo —ya sea el hombre individual en su particular existencia terrestre, ya sea la humanidad como un «gran ser», ya sea la libertad o la sociedad sin clases, ya sea la vida misma o el nivel de vida, ya sea lo sagrado o ya sea Dios— tiene, precisamente como tal valor supremo, nada más que un punto de valor en el sistema de valores. Así se puede hablar, con toda la desenvoltura, de la «revalorización de los valores». La «revalorización» no tiene dificultad porque se puede realizar con un simple cambio de marcha. Puntos de vista, puntos de partida y puntos visuales no tienen consistencia por sí mismos. Su función y su sentido, por el contrario, implican que se cambien según cambia la situación.

Salta a la vista el puntillismo del pensamiento de valores, y, precisamente aquí, se manifiesta la honradez intelectual de Max Weber. Evidentemente,

no es justo reducir a Max Weber a algunas de sus fuertes expresiones y despreciar sus grandes conocimientos sociológicos. Y tampoco se le ocurre a nadie fijarlo en su teoría neokantiana del conocimiento (7). Pero la agudeza de su pensamiento se demuestra precisamente en el puntillismo típico de la filosofía de valores, porque entre tantos puntos de vista, puntos de partida y puntos visuales reconoció otro punto propio y realmente decisivo. No tiene reparo en confesarlo abiertamente. Es el punto de ataque. Resulta, como dice Max Weber en su polémica con el historiador Eduard Meyer, «una variedad sin fin de posturas de valorizar»; su interpretación tiene el sentido de «revelarnos los posibles puntos de vista y puntos de ataque de la valorización». Con un gesto típico de su manera de pensar y escribir, Max Weber destaca los términos «puntos de vista», «puntos de ataque» y «valorización», poniéndolos entre comillas (8).

La palabra *punto de ataque* revela la agresividad potencial inmanente a cualquier fijación de valores. Palabras como punto de vista o punto visual desvían la atención y dan la impresión de un relativismo, relacionismo y perspectivismo aparentemente sin límite y, por consiguiente, de una tolerancia igualmente ilimitada, junto a una neutralidad principal y benévola. Pero en el momento en que nos demos cuenta que se trata también de puntos de ataque se difuminan las ilusiones neutralistas. Se puede hacer un intento de amansar la palabra «punto de ataque» interpretándola como mero «punto de partida». Esto podría suavizar la impresión desagradable, pero, sin embargo, no afectaría a la agresividad inmanente como tal. He aquí «el reverso fatal de los valores (9). Esta agresividad es la consecuencia lógica de la estructura tética y subjetiva del valor, y se produce continuamente por la realización concreta del valor. La distinción de derecho de valores y derecho constituyente tampoco

---

(7) RAYMOND ARON: en la introducción a la edición francesa de los tratados de MAX WEBER: *Wissenschaft als Beruf* y *Politik als Beruf* (traducción francesa de Julien Freud), en *Recherches en Sciences Humaines*, 12, París, 1959.

(8) MAX WEBER: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, ed. Johannes Winkelmann, 1951, pág. 246.

(9) Cito la expresión «fatale Kehrseite der Werte» según la traducción alemana del libro de AMÉRICO CASTRO: *Spanien, Vision und Wirklichkeit*, Köln-Berlin, 1957, pág. 60: «selbst die sanftesten Reiche und Religionen fussen auf Ungenchtigkeiten, der fatalen Kehrseite der Werte, die sie verkörpern». (Aun los imperios y religiones más suaves se basan en injusticias, que son el reverso fatal de los valores que personifican.) En el libro de AMÉRICO CASTRO se habla mucho de valores. Pero el significado lingüístico de la palabra latina *valor* no es idéntico al *Wert* alemán; véase mi contribución al homenaje del profesor LEGAZ Y LACAMBRA cit. y la Consideración preliminar anterior.



puede superarla; más bien la agudiza (10). Gracias a la ambivalencia de los valores, su agresividad no deja nunca de ser virulenta, en cuanto hay hombres concretos que hacen valer unos valores frente a otros hombre igualmente concretos. Hemos citado anteriormente la frase de Nicolai Hartmann de que los valores siempre valen *para* alguien. Aparece ahora, desgraciadamente, el «reverso fatal»: también valen siempre *contra* alguien.

#### REALIZACIÓN DE VALORES DESTRUCTORA DE VALORES

La ambivalencia de los valores reviste, a primera vista, un hábito neutral; por ejemplo, el más y el menos de la objetividad matemática o el polo positivo y el negativo de la objetividad física. Pero no es difícil darse cuenta que esta clase de neutralidad es sencillamente la del positivismo de las ciencias naturales, cuya nihilista libertad de valores se quería evitar, precisamente, abrazando la libertad de valorizar subjetivamente. Se aceptó la lucha desencadenada de todos contra todos para superar la gran crisis nihilista. ¿Pero el paso a doctrinas objetivas de valores salvó el abismo que separa la cientificidad libre de valores y la libertad de decisión del hombre? ¿Eliminaron los nuevos valores objetivos la pesadilla que nos provoca la descripción que hace Max Weber de la lucha entre valorizaciones?

No lo hicieron ni pueden hacerlo. Al pretender un carácter objetivo de los valores que establecieron, no hicieron otra cosa que introducir un nuevo momento de agresividad en la lucha de las valorizaciones, sin aumentar lo más

---

(10) RAINER SPECHT hace esta distinción en su ensayo «Zur Struktur formal-material gebauter Rechtsphilosophien», en *Archiv für Rechts- und Sozialphilosophie*, 19, 1958, páginas 475-493. Está claro que el establecimiento de una norma y el establecimiento una ley conceptualmente no es lo mismo. Pero cualquier establecimiento tiende a hacerse efectivo. La historia de las revoluciones modernas nos enseña que los dictados de la razón se convierten pronto, de esta manera, en dictadura de sujetos que defienden y sienten valores; y ya en la antigüedad griega los legisladores constituyentes y los tiranos estaban muy próximos. No queremos refutar las agudas distinciones de RAINER SPECHT, sino complementarlas, partiendo de nuestras consideraciones. SPECHT mismo observa que «la tesis no está sencillamente expuesta, sino actuando»; y añade: «En cierta manera, modifica el carácter tético la esencia afectada por él, haciendo, por ejemplo, de un simple *noema* un *dikaíoma*. EDMUN HUSSERL insistió en aspectos análogos.», pág. 484. Muy bien. Pero ¿qué significa el hecho de que este tético, este constituyente, no sólo está expuesto, no sólo se añade y no sólo acompaña al valor? Esto significa que no solamente «en cierta manera» como dice RAINER SPECHT—lo tético-constituyente provoca modificaciones, sino que más bien la lógica del poner e imponer está arraigada en la esencia del valor y pertenece inevitablemente a la lógica del valor misma.

mínimo la evidencia objetiva para los que piensan de manera distinta. Este autoacorazamiento de los puntos de vista, este nuevo vehículo del ergotismo atiza e intensifica la lucha. La teoría subjetiva de los valores no se superó. No se consiguen valores objetivos simplemente con el truco de velar los sujetos y silenciar quiénes son los portadores de valores cuyos intereses suministran puntos de vista, puntos visuales y puntos de ataque del valor. Nadie puede valorizar sin desvalorizar, revalorizar o explotar. Quien establece valores se distancia automáticamente de otras actitudes que suponen falta de valores. La neutralidad y tolerancia ilimitada de los puntos de vista y puntos visuales voluntariamente intercambiables se convierte inmediatamente en su contrario; en enemistad cuando se trata de hacerlos valer e imponerlos concretamente. El afán que tiene el valor de imponerse es irresistible, y la lucha de valorizadores, desvalorizadores, revalorizadores y aprovechadores es inevitable.

Según la lógica del valor, hay que observar la siguiente norma: el precio supremo no es demasiado para el valor supremo y hay que pagarlo. Esta lógica es tan fuerte y convincente que no hay posibilidad de limitarla o relativarla en la lucha de valores. Basta comparar la anticuada relación de fin y medio con la moderna relación de valor superior y valor inferior, o incluso de valor y sin-valor, para darse cuenta que, como consecuencia del carácter específico de la lógica de valores, ya no tienen relevancia las consideraciones y frenos tradicionales. Antes, cuando la dignidad aún no era valor, sino algo esencialmente distinto, el fin no podía justificar los medios. La idea de que el fin pueda justificar el medio se consideró una máxima perversa. En la jerarquía de los valores, por el contrario, rigen otras relaciones que justifican que el valor mayor trate al valor menor como de calidad inferior y que el valor destruya al sin-valor. Max Scheler, el gran maestro de la teoría objetiva de los valores, dijo, y Theodor Haecker, con más afán polémico que celo intelectual, lo repitió: la negación de un valor negativo es un valor positivo. Matemáticamente está claro, porque menos por menos da más. Se puede deducir, por consiguiente, que no es tan fácil deshacer los lazos que atan el pensamiento de valores al pensamiento matemático-científico, es decir, a su antiguo adversario libre de valores. La anterior frase de Max Scheler permite volver mal por mal, convirtiendo, de esta manera, nuestra tierra en un infierno; pero este infierno será un paraíso de valores.

Actualmente se revela la autodestrucción del pensamiento de valores en la polémica sobre el empleo de los modernos medios de aniquilación y armas atómicas. En esta discusión todo el mundo se remite a valores y a valores supremos. Hay filósofos de los valores objetivos que opinan que la vida física de los hombres actualmente vivientes no es el valor supremo, y, por

consiguiente, no tienen reparos en aplicar los medios de destrucción de la ciencia y técnica moderna para imponer aquellos valores supremos; y hay otros filósofos que sostienen que es un crimen destruir la vida humana por supuestos valores mayores (11). La discusión sobre el problema de la guerra justa da lugar a que la teoría de los valores celebre sus peores triunfos. Esto es una consecuencia de la lógica del pensamiento de valores, porque este pensamiento convierte automáticamente la lucha contra un determinado enemigo concreto en lucha contra un sinvalor. Sabemos por experiencia que el hombre de hoy es muy propenso a este razonamiento. El sinvalor no tiene ningún derecho frente al valor, y para imponer el valor supremo no hay precio demasiado excesivo. Todas las categorías del clásico *Jus Publicum Europaeum* —enemigo justo (*justus hostis*), motivo justo (*justa causa*), proporcionalidad de los medios y procedimiento ordenado (*debitus modus*)— serán, sin esperanza alguna, víctimas de esta lógica de valor y sinvalor.

Es trágico que incluso el origen y sentido de la filosofía de valores queden olvidados y perdidos, y este intento de una superación del nihilismo científico-positivista se destruye a sí mismo. Porque también la libertad absoluta de valores, en la ciencia, se puede establecer y hacer valer como valor, incluso como valor supremo, y ninguna consecuente lógica del valor puede evitar que el autor y ejecutor de este valor supremo condene la misma filosofía de valores, según su propia lógica, como contraria a la ciencia, opuesta al progreso, sin valor y nihilista. Al fin de la lucha entre valorizadores y desvalorizadores se oirá en ambos bandos un horrible *pereat mundus*.

## LA TIRANÍA DE LOS VALORES

¿Cómo podría terminar la lucha de los valores subjetivos, e incluso la lucha de los valores objetivos, sino de esta manera? El valor mayor tiene el derecho y hasta el deber de someter al valor inferior, y el valor, como tal, tiene toda la razón de aniquilar el sinvalor como tal. Esto es claro y sencillo y tiene su fundamento en la esencia del valorizar. Esta es, precisamente, la «tiranía de los valores», que entra poco a poco en nuestra conciencia. La

---

(11) Vid. la instructiva publicación de la editorial Jos. Kösel, München, 1960: *Atomare Kampfmittel und christliche Ethik, Diskussionsbeiträge deutscher Katholiken*; sobre todo el ensayo *Die Zerstörung der naturrechtlichen Kriegeslehre*, de ERNET WOLFGANG BÖCKENFÖRDE y ROBERT SPAEMANN, contestación al padre GUNDLACH, S. J. Es interesante que los dos autores, en su contestación, tienen una postura crítica frente a la filosofía de valores.

expresión «tiranía de los valores» no es invención mía; la encontramos en Nicolai Hartmann, el gran filósofo de la teoría objetiva de los valores. Como es muy importante para nuestras consideraciones, tenemos que citarlo expresamente, al igual que el párrafo de Martín Heidegger sobre la incardinación histórica de la teoría de los valores. Nicolai Hartmann dice:

*Cada valor, si se ha apoderado de una persona, tiende a erigirse en tirano único de todo el etos humano, también a costa de otros valores, incluso de aquellos que no son diametralmente opuestos. Verdad es que esta tendencia no es característica de los valores como tales en su ámbito ideal de ser, sino de los valores como fuerzas determinantes en el humano sentimiento de valores. Esta tiranía de los valores aparece ya claramente en los tipos unilaterales de la moral vigente, en la conocida intolerancia contra una moral extraña (aun en los normalmente complejistas); todavía más, en el estar capturado individualmente una persona por un solo valor. Así, existe un fanatismo de la justicia (fiat justitia, pereat mundus), que no solamente es contrario al amor —y no digamos ya a la caridad—, sino, sencillamente, a todos los valores mayores (12).*

Estas frases de Nicolai Hartmann confirman la idea de una realización de valores que destruye los valores, a la cual hemos aludido. Para los efectos prácticos, que nos interesan como juristas, no tiene relevancia que la tiranía de los valores sea inevitable ya por su esencia o solamente en el plano psicológico; si entra exclusivamente por el camino del sentimiento subjetivo de valores de los hombres, como cree Hartmann, o si está arraigada en la estructura del pensamiento de valores, como se deduce de nuestras experiencias. Si conseguimos entender bien la frase «tiranía de los valores», tenemos incluso una clave para comprender que toda la teoría de los valores no hace más que atizar e intensificar la lucha antigua y eterna de convicciones e intereses. No nos sirve de nada que haya modernos filósofos del valor que reconocen «relaciones de fundamento»; gracias a éstas se puede preferir, en ocasiones, el valor inferior al superior, porque aquél es la condición previa para éste. Todo esto pone de relieve el confusionismo existente en la argumentación de valores, que suscita continuamente relaciones y puntos de vista nuevos, pero que siempre se reserva el

---

(12) NICOLAI HARTMANN: *Ethik*, 1926, págs. 524 y sigs. El lector español recordará que UNAMUNO habló de una «tiranía de las ideas». El teólogo católico WERNER SCHÖLLGEN cita con viva afirmación la fórmula de NICOLAI HARTMANN: *Aktuelle Moralprobleme*, [Düsseldorf, 1955], pág. 144, pero no saca consecuencias para una crítica fundamental de la filosofía de valores.

derecho de reprochar al adversario el no ver valores evidentes; en otras palabras, de descalificarlo como ciego a los valores. El aprovechamiento polémico de la palabra *ciego* es sintomático; es muy adecuado a la lógica de valores, porque se trata de sistemas de relaciones que se componen de puntos de vista, puntos visuales y puntos de mira (13).

#### VALOR Y VIDA CONTRA SINVALOR Y SINVIDA

Valor y vida son los dos términos claves que se lanzan durante el siglo XIX en la polémica contra una filosofía mecanicista. No son, ni mucho menos, idénticos; a veces, incluso son opuestos. Pero, en la mayoría de los casos, se tocan en la vecindad o comunidad de su origen. La vida se considera, naturalmente, como valor, e incluso, con frecuencia, como valor supremo. Pero quedaba impreciso el sinfín de significaciones del concepto *vida*, que va desde el mero existir biológico de cualquier célula hasta la existencia espiritual de un héroe de la humanidad. Así es posible que filósofos de valores de tendencias opuestas habien del valor de la vida. Eugen Dühring, un positivista del más sólido ateísmo, publicó en 1865 un libro, *Der Wert des Lebens*, que alcanzó muchas ediciones. Alrededor de la primera guerra mundial, Rudolf Eucken, Premio Nobel e idealista de la espiritualidad, tuvo mucho éxito con su libro *Der Sinn und Wert des Lebens*. Aloys Müller, un filósofo de valores católico, de la generación siguiente, parte en su ensayo *Ontologie der Werte*, cit., de la frase: «El valor ético más profundo será el valor de la vida»; pero añade en seguida que la vida meramente biológica no es un valor, sino sólo *tiene* valor.

Aloys Müller, en este contexto, hace uso de una palabra llamativa y poco corriente, pero profundamente arraigada en la lógica del pensamiento de valores: habla de vida y sinvida. La ambivalencia de los valores conduce inevitablemente a antítesis que culminan y terminan en una negación radical, cuya expresión lingüística son semejantes sin-palabras para el sin-valor absoluto. En todos los idiomas hay muchos sustantivos de sentido negativo, que se forman mediante prefijos de negación. Un ejemplo capital es *amicus-inimicus*. Pero no todos estos sustantivos de negación (tampoco *inimicus*) expresan semejante vo-

(13) En un ensayo (*Husserl'sches Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*) que se hizo famoso, DITTRICH VON HILDEBRAND habla de ceguera positiva y negativa hacia los valores. ALOYS MÜLLER: «Die Ontologie der Werte», en *Philosophisches Jahrbuch der Görresgesellschaft*, 54, 1941, págs. 186 y sigs.: 321 y sigs., dice, al final de su ensayo, pág. 355: «Quien no lo aprenda, quien no lo vea... tiene que ser verdaderamente *ciego*.»

luntad de destrucción como las antítesis que tienen su origen en el contraste de valor supremo y sinvalor absoluto. De este contraste específico resultan negaciones radicales, como humano contra inhumano, espíritu contra sin-espíritu, Estado contra sin-Estado. Estado de Derecho contra Estado de sin-Derecho. También antítesis de dos términos, que en su origen tenían una intención objetiva y pacífica, pueden ser arrastradas por la resaca de la lógica de valor y sinvalor, y entonces se convierten en negaciones absolutas (14). La última palabra del pensamiento de valores es siempre la condenación de un sinvalor en nombre de un valor supremo. La ambivalencia de los valores revela aquí su «reverso fatal», lo cual, en realidad, no es otra cosa que la lógica del pensamiento de valores mismo, que siempre y simultáneamente implica un pensamiento de sinvalores.

Pondremos un ejemplo para demostrar que no se trata de meros juegos teóricos de conceptos, sino de experiencias concretas e incluso de realidades terribles. Puede ser bueno el de la suerte de un trabajo que se publicó en 1920 bajo el título ominoso *Die Freibage der Vernichtung lebensunwerten Lebens* («La autorización para destruir vida sin valor vital»). Los autores, el médico Alfred Hoche y el jurista Karl Binding, eran dos eruditos, muy respetados, de la mejor tradición universitaria alemana (15). Los dos eran hombres liberales de su época, los dos estaban animados por las mejores intenciones humanas. Los dos buscaron «forma y medida» para sus proposiciones y estudiaron, de una manera casi enternecedora, el modo de evitar el abuso de sus teorías, tomando precauciones de toda índole. Sería no solamente injusto, sino mezquino, atribuirles a los dos eruditos alemanes *ex post* alguna culpa o responsabilidad en la destrucción de vida sin valor vital que se practicó realmente, de manera tan horrenda, veinte años después. Pero precisamente esta experiencia puede ser un motivo para examinar con exactitud cada una de las palabras del título de su trabajo —autorización, destrucción, vida y sinvalor— y para reflexionar sobre el problema de la tiranía de los valores.

---

(14) He demostrado esta tendencia a la negación absoluta en el destino de la antítesis comunidad-sociedad en el trabajo ya citado de homenaje a LUIS LEGAZ LACAMBERA.

(15) KARL BINDING era en sus tiempos el jefe de la «escuela clásica de Derecho penal», en contraposición a la «escuela sociológica», cuyo mentor era FRANZ VON LISZT. KARL ENGISCH, en su excelente trabajo, que aún hoy tiene importancia, *Euthanasie und Vernichtung lebensunwerten Lebens in strafrechtlicher Bedeutung* [Stuttgart, 1948], página 28, considera a BINDING, con razón, como uno de nuestros «criminalistas más conservadores». ENGISCH criticó la objetivista filosofía de valores en una recensión del libro de COING sobre los principios supremos del Derecho (*Archiv für Rechtsphilosophie*, 38 páginas 271 y sigs.).

## NOTA FINAL

En el año 1920 era aún posible, de buena fe y con las intenciones más humanitarias, pedir la destrucción de vida sin valor vital y determinar su forma y su medida. No se había llegado todavía a la consciencia de la lógica específica de los valores. El entusiasmo de haber encontrado por fin valores objetivos estaba aún sin quebrantar. El «reverso fatal» estaba velado. Hoy día, un jurista que se refiera a valores y sinvalores debe saber lo que hace. Podemos comprender históricamente el entusiasmo de Ortega del año 1923, porque conocemos el origen que tuvo la filosofía de valores en la crisis nihilista del siglo XIX; pero ya no podemos compartirlo, porque hicimos la experiencia de que tampoco la pretensión de valores objetivos puede superar esta crisis. Por el contrario, la lógica del valor, que siempre es, al mismo tiempo, una lógica del sinvalor, condujo a un exacerbación enorme y amaneza de intensificar aún la problemática del siglo atómico.

Hemos intentado con nuestras consideraciones llamar la atención sobre este aspecto del problema de los valores y advertir una posibilidad peligrosa que todavía no ha llegado plenamente a la conciencia.

CARL SCHMITT

(Traducción de ANIMA SCHMITT DE OTERO.)

## R É S U M É

*La théorie des valeurs est née comme réponse à la crise nihiliste du XIXème siècle. Ceci explique son étonnant succès. A l'ordre d'un être déterminé simplement par la causalité il opposa un ordre de valeurs déterminé par une valeur idéale. Les valeurs ne sont pas, elles valent.*

*Qui établit les valeurs? Selon Max Weber c'est l'individu qui le fait avec une liberté de décision complètement et purement subjective. Mais cette liberté subjective pour établir des valeurs conduit à une lutte d'idéologies, à une guerre de tous contre tous. Max Scheler et Nicolai Hartmann essayèrent d'échapper au subjectivisme et de trouver une philosophie des valeurs objective et en même temps matérielle. Ils établirent un ordre de bas en haut: Scheler, de l'utile au sacré, Hartmann de l'inorganique au spirituel. Mais Ortega y Gasset qui suivit leur chemin remarqua que la faculté d'apprécier a quelque chose de subjectif, et que les valeurs valent pour quel-*

que chose et pour quelqu'un. Parce que la spécification de la valeur est que seulement elle vaut et elle n'est pas. La validité doit être constamment remise en actualité, il faut la faire valoir ou l'imposer. Les vertus sont exercées, les règles sont appliquées, les ordres sont obéis, mais les valeurs s'établissent et s'imposent.

Mais le terrible problème des valeurs est que, à côté de leur valeur pour quelqu'un, elles ont toujours une valeur contre quelqu'un. Le désir qu'a la valeur de s'imposer est irrésistible, et la lutte de ceux qui valorisent, de ceux qui dévalorisent, de ceux qui revalorisent, et des profiteurs est inévitable. Nous trouvons l'autodestruction de la pensée des valeurs dans tous les ordres. La "sans-valeur" n'a aucun droit face à la valeur et pour imposer la valeur suprême il n'y a pas de prix trop excessif. Qu'arrive-t-il alors s'il y a des philosophes qui considèrent que la vie de l'homme n'est pas la valeur suprême et d'autres qui soutiennent que c'est un crime détruire la vie humaine pour des importantes valeurs supposées? Il faut penser au problème de la guerre juste. La valeur supérieure a le droit et même le devoir de soumettre la valeur inférieure et la valeur comme telle, à toute la raison pour détruire la "sans-valeur" comme telle. Ceci est précisément la "tyrannie des valeurs" comme l'a défini avec justesse Hartmann. "Chaque valeur, dit-il, si elle s'empare d'une personne, a tendance à s'ériger comme l'unique tyran de tout l'ethos humain, aux dépens d'autres valeurs, même de celles qui ne sont pas diamétralement opposées". L'ambivalence des valeurs conduit inévitablement à une antithèse qui culmine en une négation radicale. La vie a été considérée comme une valeur suprême par certains et cependant on est arrivé à faire une distinction en disant que toute vie biologique n'est pas toujours une valeur, sinon seulement a une valeur. Et ainsi, nous arrivons au travail érudit de deux auteurs allemands publié en 1920 sur «L'auto-risation de détruire la vie sans valeur vitale». A cette époque on pouvait encore parler avec bonne foi de ce thème et même avec des intentions humanitaires, mais actuellement et après les expériences vécues, nous ne pouvons pas partager l'enthousiasme que provoqua à sa naissance la théorie des valeurs. Nous devons tenir compte de la possibilité de danger qu'elle contient.

#### S U M M A R Y

The theory of values started as a reply to the nihilist crisis of the XIXth century. From there its astonishing success. It opposed an order of values determined by a valuing, to the order of being merely determined by chance. Values do not exist, they are value.



Who establishes values? According to Max Weber it is the individual that establishes them, having a complete and purely subjective freedom of decision. But this subjective freedom of establishing values leads to a struggle of ideologies and an all-for-all war. Max Weber and Nicolai Hartmann tried to get away from subjectivism to find an objective, and at the same time material, philosophy of values. They established a scale from top to bottom, Scheler from the useful to the holy, and Hartmann from the inorganic to the spiritual. But Ortega y Gasset could not escape from the fact that the estimative faculty is something subjective, and that values are for something or for somebody. Because the specific concept of the value is that it is only valued and does not in fact exist. Validity must be constantly brought up to date, it must be recognized or imposed. Virtues come into force, rules are applied, orders are carried out, but values are established and imposed.

But the big problem of the values lies in the fact that together with their value of being for somebody they always have a value against somebody. The readiness with which the value is imposed is irresistible, and the fight between valuers and devaluers, revaluers and benefit seeking people is inevitable. The self-destruction of values thinking is found in all orders. The worthless has no right against the value and there is no excessively high price to impose the supreme value. What happens then if there are philosophers who consider that the life of man is not a supreme value and others who say it is a crime to destroy human life because of supposed higher values? Think of the just war problem. The highest value has the right and the duty to overcome the inferior value and the value as such, has every right to annul the worthless as such. This is precisely the "Tyranny of values", so rightly determined by Hartmann. "Every value" he says, "if it takes charge of a person tends to grow into a unique tyrant of an human ethos, regardless of other values, including even those which are not diametrically opposed". The ambivalence of values leads inevitably to antithesis which finish in a radical negation. Life was considered as a supreme value by some but there followed, however, a distinction, that not all biological life is a value but has a value. And so we come to the work of two German writers published in 1920 on "Authorization to destroy life without vital value". During that year one could still talk on this theme with good and even humane intentions but at the present time, and after having lived through latter experiences, we cannot share the enthusiasms which awoke the theory of values at its very beginning. We should bear in mind the dangerous possibility involved.

